

## *Conflicto de clases y caridad cristiana*

Por JOAQUIN ADURIZ S. J.

**P**ARA muchos cristianos de hoy es un escándalo encontrarse, dentro de la Iglesia, con reticencias y resistencias frente a la forma concreta con que se pretenden realizar cambios estructurales de orden social y económico a todas luces necesarios. Desde su perspectiva, en que la urgencia del cambio es lo primordial, la Iglesia aparece como una fuerza conservadora que detiene y atrasa tales transformaciones. Por otro lado es precisamente esa Iglesia quien les ha enseñado a leer en el evangelio que ningún amor a Dios, ninguna aceptación de la Redención son auténticas si no se expresan en el amor eficaz al prójimo. ¿Cómo puede la Iglesia ser sincera en el anuncio de esta verdad cuando al mismo tiempo se niega a comprometerse incondicionalmente en situaciones históricas concretas que parecen ser la única vía de liberación para inmensas masas hu-

manas sometidas a una vida definitivamente inhumana?

Para comprender esta actitud paradójica de la Iglesia tendríamos que conjugar dos análisis: tomar conciencia de lo que ha originado el antagonismo entre los diversos grupos humanos, por un lado, y proyectar, por el otro, sobre tal situación, el valor concreto del concepto cristiano de caridad.

### FENOMENOLOGIA DE LA RELACION HUMANA

Necesitamos, ante todo, un concepto clarividente de cómo se forma un mundo humano.

El hombre es, por necesidad, un ser en relación. En relación hacia el contorno físico en que se implanta, y en relación hacia el universo de personas en que se expande.

Por su cuerpo es tributario del mundo. Por su conciencia intenta hacer de su cuerpo y del mundo la expresión significativa de su persona. Como el brillo de los ojos o la sonrisa de un rostro proclaman el sentido de un momento de vida humana, la ambición del hombre sería lograr que el brillo de las estrellas y la alegría del amanecer patentizaran cósmicamente el sentido que él imprime a su vida. En busca de esta meta escruta laboriosamente el dinamismo ciego de ese mundo inalterable y en apariencia indiferente al destino humano. Con los datos fragmentarios que recoge construye las técnicas que gradualmente profundizan su impronta.

Pero el hombre necesita algo más: salir de su soledad. Experiencia exclusivamente humana esta necesidad de que nuestra vida tenga sentido porque *alguien* le da sentido al convivirla con nosotros. Necesidad que no se cierra con un puro gregarismo o mera yuxtaposición de individuos con características vitales similares. Un hombre puede sentirse en soledad morando en el seno de una multitud. Es menester que los que están al lado sean, no sólo semejantes, sino también "próximos". Es menester que nos miren y que podamos mirarnos en ellos; que sepamos que su vida está condicionada a nuestra vida y que nuestra vida está marcada por las suyas.

Por esta necesidad el hombre crea una vida de familia: se sumerge con todo su ser en la familia en que nace, y crea luego su propio ámbito al definir su existencia en la familia que funda.

Y por ésta misma necesidad trasciende su vida familiar con una vinculación que forma una retícula indefinida de coparticipaciones, que van desde la amistad hasta la mera asociación en un esfuerzo circunstancial.

## RELACION HUMANA Y CORPOREIZACION DEL UNIVERSO

Entre la implantación en el mundo y la expansión en la comunidad personal hay una profunda interdependencia.

Corporeizar humanamente el universo, hacer de él la expresión de la intención humana, es tarea que sobrepasa a cualquier vida individual. Para abarcar las dimensiones totales del cosmos es menester apoyar el presente en las experiencias pasadas estratificadas, y dividir los rumbos, abiertos en el presente, entre los diversos grupos de la colectividad. Una humanidad sin memoria histórica, forzada a reanudar en cada generación este trabajo, estaría viviendo todavía en el nivel del primer ser que se sorprendió en el mundo haciendo la experiencia de hombre. Y por otra parte una humanidad atomizada en individualidades auto-suficientes viviría abrumada en la ansiedad de responder a los agobiantes requerimientos de vida inmediata. Es la comunidad del hombre con los hombres del pasado y su relación con los del presente la que hace del conjunto humano la *Humanidad*. Y es la *Humanidad* la que busca hacer del cosmos prolongación de su cuerpo.

La técnica se sostiene así sobre la relación de las personas, y la relación interpersonal da sentido al esfuerzo técnico.

## DIVERSIFICACION Y CONFLICTO

Tradicición —raíces del pasado en el presente— y división del trabajo —solidaridad diversificada en la tarea humana— son, por consiguiente, espina dorsal en el proceso evolutivo de la humanidad

Una característica de estos factores es

que no acompañan la vida del hombre desde afuera, ni son una especie de vaso dentro del que cada uno incondicionalmente modela su personalidad. Soporte de la vida personal son, al mismo tiempo, instrumentos de una modelación diferenciadora de tipos humanos. No es indiferente para la definición de una personalidad la tradición dentro de la que ha nacido, ni la función en que concreta su esfuerzo. Así, por tradición y división de trabajo, nacen grupos humanos irreductibles. Lo que denominamos "culturas" y "clases sociales" son el resultado de esta diversificación.

A medida que la humanidad avanza, la diversificación se ahonda y surge el conflicto: la diversificación ahondada hace cada vez más ardua la convivencia en una real solidaridad humana. Los hombres que por un sentido de comunidad vital, se especializaron en esfuerzos fragmentarios se encuentran al término de ese esfuerzo como extranjeros arrojados juntos por un azar inexplicable, en una isla desierta. Nadie entiende el lenguaje del otro; todos contemplan extrañados las vestimentas y los ademanes ajenos; y, si por fortuna, hallan un signo común que les permita percibir el contenido de las otras conciencias, no alcanzan a comprender cómo las valoraciones pueden ser tan distintas y qué lógica íntima hace coherentes las otras personalidades.

Al romperse la comunidad interior se torna difícil mantener el sentido final de la división de trabajo: lo que cada grupo especializado obtiene no pasa a ser patrimonio universal. Y esto trae consigo la hipertrofia abusiva de los mismos resultados. El técnico se inclina a pensar que el universo total debe visualizarse exclusivamente a través de su técnica particular. El hombre de una clase social tiende a creer que los valores e intereses

típicos de su grupo son los que universalmente debe aceptar la comunidad. El depositario de una forma cultural determinada se convence de que su expresión es la universalmente ideal.

### LIBERACION DE LAS PERSONALIDADES

La unidad del destino humano, oscuramente percibida en las primitivas etapas del hombre, se expresó en la colaboración plasmada a través de la división de trabajo. La división de trabajo por su parte, terminó por destruir el instintivo sentimiento de comunidad. ¿Será posible que el hombre recupere su unidad en este nuevo nivel de diversidades llevadas al extremo?

Un factor concomitante en la evolución lograda es la personalización de cada uno de los individuos en el seno de su colectividad. Incluso se nos hace difícil reconstruir la manera típica de valorar del mundo antiguo. En él el individuo se reconocía tan parte del todo social que admitía como obvia la responsabilidad propia en las decisiones y situaciones que su conjunto —familia o ciudad— había establecido.

Para nosotros la responsabilidad se cierra sobre la personalidad. Es el rasgo típico que denominamos el individualismo contemporáneo. Mientras para el hombre de ayer la comunidad era el dato primero en función del cual había que situar la persona, para nosotros el dato es la persona y, en función de ella, la comunidad.

En sí esta inversión copernicana es un avance. Tiene su análogo en el proceso de integración que hace de la personalidad de un niño —esencialmente reflejo de su comunidad familiar— una personalidad adulta, dueña de su destino y ca-

paz de reflejarse, a su vez, en una nueva comunidad creada a su propia medida. Pero, en escala universal, esta adultez colectiva, conjugada con la diversificación de tipos humanos, explota en un proceso anárquico de tensiones agresivas. El malentendido mutuo en la interpretación de las actitudes recíprocas; la desconfianza irracional frente a las motivaciones supuestas, y el resentimiento constante, producto de cualquier decisión colectiva, son el estado de espíritu habitual en esta humanidad considerada orgullosamente "civilizada".

### ¿ O P O S I C I O N O V I O L E N C I A ?

Siempre la agresividad busca resolver los antagonismos mediante la violencia impositiva. Unificar es inhibir la posibilidad de influencia y expresión de las aspiraciones opuestas, y es condicionar a todos, de tal manera, que no puedan no coincidir con el punto de vista que personalmente se prefiere. Es la paradoja del liberalismo del siglo pasado que, para lograr libertades individuales, comenzaba por violentar a las personalidades que rechazaban sus definiciones. Es también la sinceridad brutal del marxismo al buscar una humanidad fraternalmente unida a través de la violencia llevada hasta su límite extremo. Y es aquí donde el concepto cristiano del amor mutuo ofrece la única salida equilibrada. Porque la violencia unifica por aniquilamiento de diversidades, y la diversificación, librada a su propia ley, atomiza las unidades originales que le dieron sentido. El hombre sin embargo, es capaz de reencontrar su unidad primitiva en medio de sus diversificaciones actuales, gracias a una actitud de conciencia que le haga respetar lo diverso en el otro como un bien para

todos. Esta actitud es la que designa el léxico cristiano con el vocablo "caridad".

### FUNCIÓN DE LA CARIDAD

La caridad es, ante todo, amor fraterno. En su núcleo existe una afirmación de fe, que pone al hombre singular en un horizonte definitivamente comunitario: un Dios idéntico que nos amó a todos, desde el principio con un amor idéntico, e hizo efectivo su amor en el don idéntico de su Hijo hecho carne para la redención de todos. A partir de este hecho todos y cada uno de los hombres somos los "hijos de Dios", destinados a asimilar, a lo largo de la existencia, su imagen y semejanza. Todos unidos marchamos, en una comunidad definitiva de destino, aunque diversificados personalmente en la ruta que nos conduce al mismo. Incluso la diversidad de itinerario tiene su sentido: como en el cuerpo la diversificación orgánica, en la humanidad la diversificación personal es la condición de la complementariedad. Para quien reconoce, por la fe, la realidad de este horizonte, la persona concreta del prójimo, con sus peculiaridades y originalidades, es un bien en sí. Más allá de la violencia instintiva con que se sentiría inclinado a reducirla a la propia medida personal, encuentra una razón profunda para apreciarla como distinta. Así la caridad cristiana es esencialmente personalista y personificante.

Contempladas cada una de las personas como partes de un organismo complementario, surge una actitud interior de tolerancia frente a las limitaciones individuales. No es cada una de las partes el receptáculo de la perfección del todo; es la unidad de las partes lo que determina que las imperfecciones parciales se compensen en la integración del conjun-

to. El personalismo de la caridad no conduce a la intolerancia impaciente, sino a la paciente compensación. El intento de compensar límites paralelos implica la decisión de hacer la propia vida positiva para la vida de los demás, y esto no como quien aniquila lo propio sino como quien lo hace profundamente significativo, en función del todo. La generosidad oblativa en que termina el gesto de la caridad hace vivir en el ambiente de una real comunidad humana; con la ventaja de que no se construye sobre el indiferenciado concepto de primitiva solidaridad sino, a nivel de las diversificaciones más evolucionadas y en virtud del valor absoluto que las hace apreciables e integrables en una totalidad consciente y específicamente humana.

#### CARIDAD Y SOLIDARIDAD

Entre la actitud cristiana de caridad con el prójimo y la mera solidaridad puede haber coincidencias superficiales en los hechos, pero existirá siempre una diferencia básica de contenido. Hoy necesitamos los cristianos tomar conciencia de esa distancia para no encontrarnos envueltos en conflictos espirituales angustiosos.

Un rasgo típico de nuestro tiempo es la aguda percepción de la necesidad de una comunidad humana, como reacción contra el individualismo moral y económico del capitalismo liberal del siglo pasado. Factores sociológicos diversos y, en particular, la experiencia de una interdependencia creciente en el plano de las relaciones económicas, llevan al hombre de hoy a un nuevo tipo de humanismo cuyo postulado central es "que el hombre no es hombre más que en su comunidad con los otros hombres". Este humanismo nuevo no termina en la mera solidaridad

económica sino que se fundamenta y se corona en el instinto de comunitarismo moral. El atractivo fascinante del marxismo se deriva, en gran parte, de la interpretación unilateral y materialista que da de ese fenómeno en su circunstancialidad histórica y en el horizonte comunitario que coloca en perspectiva. Nacido en el contexto del individualismo económico responde, en exacta antítesis, que la comunidad de un hombre con otro es ante todo, lo que se expresa en relaciones económicas y consiste en la realización equilibrada de esas relaciones económicas.

Sólo que por ser el resultado de una oposición diametral pasa por alto un dato esencial: el valor de la persona que busca su comunidad humana a través de la interdependencia económica.

El cristiano de hoy al redescubrir el sentido profundo de la caridad en conexión con este contorno corre el riesgo de degradarla. Sabe que la caridad es amor "no en palabras, sino en obras y en sinceridad", y por eso, que la caridad debe ser eficaz. Su necesidad de eficacia choca hoy día con la urgencia de una acción revolucionaria contra "un desorden establecido", contra un mundo en que instituciones económicas y políticas injustas reducen a gran parte de los hombres a una vida infrahumana. En la raíz de tal situación inaceptable descubre la mala repartición de la riqueza. Al mismo tiempo constata que gran parte de los medios cristianos se benefician con ese estado de cosas sin cuidarse de que en ello se viole o no la justicia y el espíritu del evangelio. Su conciencia entra en crisis; una crisis tan grave que, para muchos, es un argumento fundamental en el abandono del cristianismo. Y en los que no lo abandonan es una razón para perder de vista la significación básica de la caridad.

La deformación más común es poner

el acento de manera exclusiva en la liberación económica y en la construcción de la ciudad terrestre, desconociendo el carácter primario de la liberación espiritual y de la salvación escatológica. La Iglesia, para ellos, con su incomprensible actitud de defensa primordial de valores religiosos, se convierte en un obstáculo y desearían alinearla, como una nueva fuerza de presión, en la dirección de sus ideales humanos. Para ellos la edificación de la sociedad temporal adquiere un contenido místico. La acción revolucionaria se convierte en lo absoluto. Todo está justificado en función de esa meta; todo es reprochable cuanto parece trabar el camino hacia ella. Lo religioso en sí, lo cristiano en sí, ya no es lo absoluto. En el fondo es renunciar a la opción bautismal en que todo lo humano quedaba superado a su compatibilidad con el mensaje y la vida de Cristo. Entre esta actitud y la pretensión atea del hombre que se basta a sí mismo no hay sino una diferencia de nombre. Un cristianismo en que ser cristiano significa defenderse de Dios como de un peligro de alienación es tan absurdo como un cristianismo ateo.

### EL DILEMA DE LA CARIDAD

Cuando nos comprometemos incondicionalmente en una causa terrestre podemos llegar a sentir que Dios es un obstáculo en la realización del hombre. Tal vez a esta posibilidad humana se refería Cristo cuando dijo: "el que quiere salvar su vida la perderá y el que la pierda, por mí y el evangelio, la salvará".

Sentir así a Dios es el índice de que, en nuestra vida, no hemos llegado a asimilar aquella "conversión" de la que Jesús nos habla en el evangelio como condición primordial para entrar en el Reino de los cielos. "Conversión" que con-

siste primordialmente en reconocer que el hombre no se posee por sí mismo, sino que recibe su ser y sus posibilidades de *Otro*. Esto es lo que configura el acto religioso primordial en que el hombre ratifica libremente la verdad de su definición de creatura ante el Dios viviente. Y es este acto el que lo trastoca en lo más íntimo de su ser; el que le deja una sensación amarga de agonía al contradecir su pasión de pertenecerse y de bastarse a sí mismo. Allí radica la esencia misma del pecado. Tal "conversión" vivida como una muerte sólo es aceptable cuando se vislumbra, en la fe, que únicamente a través de ella es posible el acceso a la *Vida*.

Sin conversión la caridad cristiana se falsea, incluso como amor al prójimo. Reducida al empeño de una liberación temporal, pensada como lo absoluto por eliminación de Dios, con olvido de la liberación cristiana por el evangelio, termina en las estrecheces que pretende superar, y se identifica con el amor a una clase, a un pueblo, a los que condividen valores similares. Esta pseudocaridad queda sumergida en las violencias y antagonismos humanos que pretende reducir. Sólo un amor al *Hombre* que se fundamente en la aceptación del Dios que ama a todo hombre puede motivar una fraternidad realmente universal. De no ser así se cae en la contradicción íntima del cristiano que, para lograr una eficacia inmediata, comienza por liberar a los revolucionarios de las exigencias evangélicas y al mismo tiempo critica a los conservadores como infieles a ese mismo evangelio.

Únicamente admitiendo el evangelio como absoluto universal, se adquiere el derecho de criticar la conducta del cristiano que no se atiene a él. Pero si el evangelio no es lo absoluto universal entonces no queda nada capaz de unificar a los hombres divididos.